

FERNANDO DURÁN DÍAZ

RAUL SILVA CASTRO Y LA  
CRITICA CHILENA

---

RAUL SILVA Castro es uno de los casos más claros y manifiestos de vocación literaria, entendiéndose por ella el amor a la literatura y el deseo de entenderla y hacerla entender a los que la lean.

Pueden señalarse dos tipos de amor a la literatura. El primero trata de expresar mediante la creación directa, llámese novela, poema, teatro, etcétera, la impresión que en el escritor produce la visión tanto de las cosas como de las personas. El segundo, toma las obras escritas ya sea por poetas, novelistas y creadores en general y hace de ellas el objeto de la atención del lector. En buenas cuentas unos intentan que los lean a ellos mismos y, por lo tanto, que el interés se concentre en lo que ellos han creado, en tanto que los otros procuran que se lea a los demás y que, gracias a sus explicaciones e interpretaciones, el interés del lector se oriente hacia las obras producidas por los creadores.

Raúl Silva Castro empezó a escribir tempranamente, interesándose ante todo por la literatura chilena, de la cual ha hecho el objeto predilecto de sus investigaciones e inquietudes. Difícil sería encontrar en nuestro medio literario alguien que se hubiera aplicado con más tenacidad y constancia a examinar cuanto se ha escrito en nuestro país, a indagar sus fuentes, a establecer la exactitud de los textos y a despejar el camino para que todos puedan saber en qué formas se ha desarrollado el proceso literario chileno, quiénes son sus protagonistas y, también, de qué manera se encadenan y se suceden unas corrientes a otras.

La rigurosa a la vez que científica forma en que Raúl Silva Castro ha emprendido el estudio de la literatura nacional ha permitido que ella aparezca como un todo históricamente integrado en que es posible diferenciar distintas épocas y destacar dentro de ellas los valores más representativos de cada una de sus etapas.

Como decíamos líneas más arriba, Raúl Silva Castro empezó su labor literaria tempranamente, en plena adolescencia, pues a los dieciséis años ya colaboraba en la revista estudiantil *Germinal*, tarea que no se interrumpió desde entonces y que había de culminar en su incorporación a *El Mercurio*, diario en el cual acaba de completar cuarenta años como redactor.

Raúl Silva Castro nació en Santiago de Chile el 8 de diciembre de 1903. Estudió sus humanidades en el Instituto Nacional. Ya en 1919 fundaba la revista *Germinal* en la que se manifestaban sus primeras inquietudes literarias. En 1920 fundó, en compañía de otros escritores, el periódico de literatura *Claridad*, que apareció como órgano de la Federación de Estudiantes, y donde, en 1921, dio a conocer a Pablo Neruda, quien era a la sazón estudiante del liceo de Temuco.

En 1925 fue designado funcionario de la Dirección General de Educación Primaria, y en 1927 pasó a la Biblioteca Nacional. En esta última entidad se hizo cargo desde 1931 de la jefatura de la Sección Chilena. Ha sido también, en numerosas oportunidades, Visitador de Imprentas y Bibliotecas como también Director de la *Revista de Bibliografía Chilena*. Después de treinta y siete años de servicio jubiló a comienzos del año 1962.

Paralelamente a estas actividades obtuvo el título de Profesor Extraordinario de Literatura Chilena de la Universidad de Chile, ante la cual rindió examen en 1932, siendo la memoria escrita un estudio sobre las *Fuentes bibliográficas de la literatura chilena*, que apareció editada en 1933.

Entre los años 1927 a 1931 dirigió la revista *Atenea*, órgano cultural oficial de la Universidad de Concepción, a la cual imprimió un tono de modernidad y de contacto con los problemas culturales que principalmente inquietaban a Iberoamérica.

Como bien lo demuestran sus estudios, preocupan a Raúl Silva Castro parejamente la literatura y la historia, de tal modo que sus investigaciones prestan tanta atención al fenómeno literario en sí como al cuadro de la época en que se inserta y al cual sirve de expresión. Ello explica que tanto la Academia Chilena de la Lengua, correspondiente de la Real Academia Española, como la Academia de la Historia lo cuenten entre sus miembros de número. Como censor de la Academia Chilena es, al mismo tiempo, director del boletín que publica la institución.

En el aspecto educacional también Raúl Silva Castro ha sido profesor en diversas Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile

y de la Universidad de Concepción. Ha dictado importantes cursos en Arica, donde dirigió la Escuela de Invierno de 1961, en Antofagasta, Valparaíso y Punta Arenas, y en Concepción, donde ha sido invitado por la Universidad de dicha ciudad.

Sus viajes al extranjero comprenden visitas a los Estados Unidos, a donde viajó invitado por el Departamento de Estado en 1942, y a Madrid donde concurrió en 1956 al II Congreso de Academias, representando a la Academia Chilena. En 1958 viajó a Nicaragua, por invitación oficial de su gobierno, y en Managua recibió la Orden de Rubén Darío, en "atención a los diferentes estudios de que es autor sobre la estancia del poeta nicaragüense en Chile".

Su última visita al extranjero corresponde a su actuación como profesor de Literatura Hispanoamericana en las Universidades de California, Berkeley, de Colorado, Boulder, y en la Tulane University en New Orleans. Todas estas actuaciones se produjeron entre septiembre de 1961 y junio de 1963.

No consideraríamos completa esta referencia a la labor de Raúl Silva Castro, si no mencionáramos que su autoridad ante los criterios extranjeros lo ha hecho ser asesor de la OEA en el proyecto de Diccionario de Literatura Latinoamericana y en la redacción de la *Revista Interamericana de Bibliografía*, a lo que se agrega numerosas colaboraciones en diversas revistas y periódicos extranjeros como los siguientes: *Books Abroad*, *Revista Interamericana de Bibliografía* (ambas de EE. UU.), *Cuadernos Americanos* (México), *Cuadernos Hispanoamericanos* (Madrid), *Ficción* (Buenos Aires), *La Nación* (Buenos Aires), *Symposium* (Nueva York, Syracuse University), *Revista Hispánica Moderna* (Columbia University), *El libro y el pueblo* (México), *Revista Iberoamericana*, etc.

Obra tan abundante y seriamente documentada ha merecido valiosas distinciones, entre las cuales cabe señalar por lo menos tres: la Universidad de Chile premió su estudio bibliográfico y crítico sobre el novelista Alberto Blest Gana, que se publicó por dicha Universidad en 1941. Catorce años más tarde, en 1955, la Editorial Zig-Zag hizo una segunda edición de esta obra, la cual se publicó esta vez refundida. Por su parte, la Academia Chilena premió, también, antes de que Raúl Silva Castro perteneciera a ella como miembro del número, una biografía de don Miguel Luis Amunátegui Reyes, editada en 1951. Igualmente, la Asociación Nacional de la Prensa galardonó su historia del periodismo chileno publicada en 1958 con el título de *Prensa y Periodismo en Chile*.

\*  
\*      \*

En la vasta obra de Raúl Silva Castro pueden distinguirse, con absoluta claridad, las obras de crítica, de análisis literario propiamente dicho y las de carácter histórico.

Ambas tienen importancia y no pueden ser consideradas aisladamente porque Raúl Silva Castro tiende a observar las cosas como historiador y en su acercamiento a la obra literaria predomina en forma ostensible su tendencia y su metodología de tal.

Cierto es que en nuestro estudio nos interesa ante todo señalar su labor de investigación literaria y de valorización crítica, por lo que ahora nos referiremos de paso al historiador propiamente dicho, para analizar sólo al crítico y en cuanto corresponda señalar la influencia de su criterio histórico en la valoración de la obra literaria.

Consideramos útil, a esta altura, señalar la importancia de la labor del crítico en el enjuiciamiento y ubicación de la actividad literaria, ya que ella representa su enfoque porque no habiendo participado en forma directa en su creación la mira desde fuera; pero al mismo tiempo, posee instrumentos de valoración capaces de entrar en ella y descubrir las intenciones y propósitos que la animan.

Como bien sabemos, el creador da vida a la obra a la vez que encierra en ella una idea que, a su vez, se encarna en determinadas formas perceptibles. Tenemos que en literatura esa idea se materializa en palabras, frases, párrafos, los que a su vez se organizan en novela, ensayo, poesía, etc.

Al crítico le corresponde, pues, hacer suya la idea, la interpretación de la obra, para poder, de esta manera, explicarla. Toda obra nace para ser comentada y el comentario es, en el fondo, su destino. Así las cosas, tenemos que el crítico es el lector que "comenta reflexivamente, que se dice a sí mismo y, por lo tanto, dice a los demás, las razones por las cuales la obra vale".

En toda obra literaria hay una calidad que produce un efecto agradable pero que actúa, en tal sentido, borrosamente sobre el lector. Es necesario por lo tanto, que alguien entendido, especializado, tome conciencia de por qué se produce ese efecto y qué elementos y ordenación de los mismos lo origina.

Diremos, finalmente, que el crítico, al historiar y relacionar una obra con otra y con las que la anteceden, demuestra la marcha de corrientes, gustos, preferencias, como también su vinculación a determinadas circunstancias sociales e históricas. Todo esto beneficia al lector ya que además de entender mejor, puede también ubicarse en el mismo pasado y desenvolvimiento de la humanidad, su país o las relaciones recíprocas.

La preocupación principal, la que da fisonomía a la obra de Raúl Silva Castro, es su celo por ceñirse al antecedente histórico y por someterse científicamente al documento que lo autoriza o no para desprender las conclusiones que del mismo haya derecho a deducir.

Tomemos al respecto algunos ejemplos. Don Juan Egaña ha sido una de las principales reivindicaciones debidas a la pluma de Raúl Silva Castro, quien ha tomado como una de sus tareas establecer la importancia frecuentemente olvidada de este pensador y político que tan decisiva parte tomó en la elaboración de nuestras instituciones en el nacimiento de la República.

La figura de Egaña atrae a Raúl Silva Castro en forma especial y lo lleva a penetrar en los hombres que actuaron en grado sobresaliente en las primeras etapas de nuestra organización como estado independiente.

Es, pues, al estudiar, al analizar las figuras con participación destacada en el período de septiembre de 1810, que Raúl Silva Castro se encuentra con el pensamiento de don Juan Egaña y su rol doctrinario y teórico en la historia de las letras y las instituciones políticas nacionales.

De las innumerables horas dedicadas al estudio de esta insigne figura, nace uno de los libros más importantes de Raúl Silva Castro. Nos referimos a *Egaña en la Patria Vieja* (1959), obra de indiscutible valor e indispensable para todo aquel que quiera tener un conocimiento profundo de este pensador y político que fue don Juan Egaña.

En la citada obra, la parte biográfica se reduce a lo indispensable. Sólo se nos da un ligero apunte de su personalidad y carácter, haciéndolo servir de rápido paisaje de fondo para las ideas que luego van a enunciarse. En seguida un prolijo examen de la situación existente en 1810, del primer Congreso Nacional, del Senado de 1812 y del Proyecto de Constitución de 1811 como también del Reglamento de 1812, lo lleva a determinar la acción de don Juan Egaña en la ordenación de nuestras instituciones fundamentales.

Compulsando documentos, recorriendo cuidadosamente los escritos de Egaña, Raúl Silva Castro llega a la conclusión de que Egaña se diferencia de la mayoría de sus coetáneos por las obras que supo proponer al gobierno y, en especial, por las que logró realizar con el apoyo y el respaldo de éste. Aparece así Egaña como un decidido propulsor del humanismo, empeñado en la creación de la cátedra de Latinidad

y Retórica, como un convencido del papel trascendente de la Universidad en la formación y desarrollo del país, como un fervoroso sostenedor de la importancia del derecho y, en fin, como un ponderado observador de la realidad nacional y de lo que a ella cabría aplicar tomándolo de las experiencias y las doctrinas en boga en Europa. Cobra así, por lo tanto, interesante relieve el plan de gobierno propuesto por Egaña al Conde de la Conquista, don Mateo de Toro y Zambrano, en el cual se destacan ideas entonces tan audaces como el impulso acelerado de la educación pública, más tarde traducido en la creación del Instituto Nacional. En este aspecto Egaña propicia que se imparta una educación civil y moral capaz de darnos costumbres y carácter y su orientación incluso a actividades prácticas que junto con fomentar, desarrollen la economía nacional. Impulsa con ese objeto la creación de talleres y maestros en todas las artes principales; que haya cátedráticos, máquinas y libros de todas las ciencias y facultades desde las primeras letras y que se extienda la educación de tal manera que la enseñanza pública alcance a todos los ciudadanos que concurren, dando también de comer al mediodía a los menestrales. Como subraya Raúl Silva Castro "en suma, lo que él plantea en esta primera forma de su concepción no es un colegio meramente literario y científico, sino una especie de escuela politécnica sumamente compleja con becas y medias becas para atender no ya solo a estudiantes propiamente tales, sino también a alumnos llegados directamente de las filas del trabajo, esto es, artesanos y obreros".

Junto a las ideas sobre educación de Egaña, sobresalen también las de índole económica, que lo hacen anticiparse a problemas que incluso hoy día tienen vigencia. Sorprende en Egaña su fe en el establecimiento del libre comercio con todos los demás pueblos de la tierra, que lo lleva a asegurar una ampliación tal del comercio que permita el desarrollo de la industria nacional, que si bien inexistente entonces debe procurarse de todos modos. En este sentido insinúa la conveniencia de adoptar medidas para asegurar al país la industria de las primeras materias, proponiendo estímulos para una fuerte compañía extranjera que traiga a Chile fábricas, operarios e instrumentos para trabajar todo género de tejido de lino. Su propósito es abastecer el mercado interno y producir saldos exportables. También es digno de anotar en Egaña su preocupación por crear una marina mercante propia, por evitar el excesivo agrandamiento de las propiedades territoriales y sus conceptos sobre política exterior. Para el político, la unión y la confederación de las provincias

americanas es indispensable, pues de otro modo "la América se disuelve, hay mil disensiones civiles y vienen a parar en ser presa de los extranjeros".

Todo lo dicho autoriza a Raúl Silva Castro para llegar al siguiente juicio: "La otra conclusión que se obtiene del estudio a que ponemos término en estas páginas, es que entre los hombres de la Patria Vieja fue don Juan Egaña el único que dispuso de las luces necesarias para articular documentos de organización social, política y administrativa que estaban destinados a salvar los límites de una sola generación. En el Plan de Gobierno sometido a la consideración del Conde de la Conquista, Egaña pone en fila las siguientes adquisiciones útiles:

"1. Establecimiento de relaciones diplomáticas de Chile con los demás Estados, lo que equivalía a dar categoría de nación a lo que antes era simple provincia de la metrópoli española.

"2. Creación de un colegio, llamado más adelante Instituto Nacional, que elevara de nivel el proceso de la enseñanza, profundamente decaído y mal dispuesto en los últimos años de la colonia, sobre todo a raíz de la expulsión de los jesuitas.

"3. Instalación de la imprenta, para ilustrar a la opinión pública y evitar los avances de la demagogia.

"4. Libertad de comercio, para alentar la vida industrial de Chile, muy incipiente entonces.

"5. Unificación de la política exterior de las diversas provincias americanas que luchaban por la independencia, a fin de presentar un frente común ante las demás naciones.

"6. Prosecución de la obra del Canal de Maipo para mejorar la agricultura del departamento de Santiago.

"7. Simplificación de las tramitaciones judiciales.

"8. Prohibición de la "introducción de negros para quedarse en Chile", esto es, de esclavos.

"9. Creación de la marina mercante nacional, con auxilio de capitales del Tribunal del Consulado.

"Tales son, entre otras, las sugerencias que aparecen en el Plan de Gobierno de 1810; ulteriormente, Egaña puso empeño en que se dictara una Constitución Política para el país, con la cual, según hemos dicho, se perseguía proclamar la independencia completa de Chile de la organización política del imperio español. Trazó el proyecto constitucional de 1811, que no pudo considerar el Congreso por haber sido disuelto en diciembre del mismo año, pero siguió trabajando en él hasta darlo a luz en 1813. En el intervalo, fue

promulgado el Reglamento Constitucional de 1812, que dio asiento en el Senado al propio Egaña; la aplicación de sus otras disposiciones le permitió, además, participar en la junta de gobierno en diversos períodos de suplencia, todos durante 1813 y, más precisamente, cuando ya los hermanos Carrera habían dejado toda ingerencia en el poder ejecutivo”.

Actitud semejante a la señalada en el caso de Egaña, es la que inspira a Silva Castro su estudio sobre Camilo Henríquez, al que juzga con la severidad literaria necesaria, pero analiza su obra con el interés y la acuciosidad de quien más que al literato busca al hombre que supo abrir la puerta a las primeras ideas de independencia, se encarga de darles expresión y echa los cimientos del futuro periodismo nacional. Las aparentes discrepancias de Raúl Silva Castro con Menéndez y Pelayo respecto al valor artístico de la obra de Camilo Henríquez, no pueden dejar de llegar a una coincidencia final. El crítico español declaró que “nunca hubo autor menos artista que Camilo Henríquez”, y que “en prosa escribía con cierto calor tribunicio, pero fue, sin duda, un detestable poeta”. El ensayista chileno, por su parte, intenta defender las composiciones satíricas, no obstante lo cual reconoce que carecían de gracia, a la vez que las explica como un ataque de circunstancias para arrojar el ridículo sobre sus enemigos. También debe reconocer la pobreza de conceptos y el desorden y falta de originalidad de Camilo Henríquez. Llega por eso a la conclusión de que “hay en Camilo Henríquez un escritor muy disparateo y desigual, que llenó en forma discreta el cometido que le fijaron su entusiasmo por la causa de la emancipación y los grupos de patriotas que le hicieron su portavoz. En su haber debe consignarse la seriedad que siempre le acompañó en todos sus escritos, sin otra excepción que en las letrillas, frívolas diversiones en la forma, aunque motivadas por la misma campaña política que embarga al autor. Es visible también en él la nobleza, que no le permite descender ni al terreno de la vida privada de sus contradictores, ni a ingerir en favor de la causa que defendía ninguna suerte de pequeñeces. En su ardor patriótico suele mostrarse pródigo de enseñanzas, entusiasta defensor de los derechos del pueblo de Chile, y tal cual vez alcanza a ese *calor tribunicio* que con tanta generosidad le atribuyó Menéndez y Pelayo. Contra él hay también algunas partidas. Cuanto a estilo, la más resaltante a nuestro modo de ver (y seguimos en esto al señor Vicuña Cifuentes) es la oscuridad; la que más sorprende en hombre que ha pasado a la historia como padre de la patria en el número de los insignes, es la facilidad del desalien-

to. Suele mostrarse candoroso e ingenuo, lo que era sin duda consecuencia de un escaso trato con el mundo, pero lo más frecuente en él es la declamación profusa, llena de generalizaciones inocuas y a veces simplemente vacías de sentido, declamación que no empece a que su estilo, como ya se ha dicho, parezca más mortecino que vivaz”.



Dijimos anteriormente que la crítica literaria envolvía dos aspectos: el análisis de la obra en sí misma en cuanto expresión íntima y directa de su creador y la ubicación de la obra misma en el conjunto de la literatura nacional de que ella forma parte.

Podríamos decir que en Raúl Silva Castro el segundo aspecto predomina sobre el primero. Sin prescindir de la importancia de la obra en sí misma, gusta de hacerla inteligible a través de su entronque histórico, esto es, como realidad aparecida en un momento determinado y que así como proviene de otras anteriores desencadena su influjo sobre las que más tarde nacerán de ella.

Interesa caracterizar esta orientación de la visión literaria de Raúl Silva Castro en el examen individual de algunos escritores y en el estudio de conjunto de determinadas épocas de nuestra literatura.

Su ensayo sobre don Alberto Blest Gana (1941, y segunda edición en 1955) es una muestra importante de su manera de enfocar la obra literaria. El libro está dividido en dos partes muy precisas y determinadas, con lo que viene a reducirse sólo a dos capítulos. En el primero se efectúa el estudio minucioso de la vida de Blest Gana, con acopio de documentos sobre sus antepasados, su existencia personal, sus intentos de actuación política en el país, su incorporación a la diplomacia y su temprana partida al extranjero del cual no regresó ya más. El segundo se refiere a sus novelas, las cuales son estudiadas una por una, desde el tema, la atmósfera psicológica, los problemas que en ella surgen, y también, las fuentes en las cuales pueda encontrar explicación.

Con un esfuerzo de objetividad que revela el hábito del enjuiciamiento, el autor parte de la acción y tema de cada novela, del cuadro histórico o social que le sirve de fondo y del ambiente psicológico y moral que se desprende de la obra. Aunque sea imposible que un escritor pueda prescindir de su propio andamiaje de ideas para juzgar lo que en la obra acontece, se advierte rápidamente que

el crítico pone la novela ante sí y trata de mirarla como algo que se encuentra más allá de la esfera de sus "simpatías y diferencias". De la misma manera que procedería un historiador, considera la novela como un hecho, estimando que este "hecho" proviene de lo que ya hemos denominado como un "ambiente social y moral" que actúa sobre los personajes y se refleja en su conducta. Tras todo esto, concluye por analizar las tendencias estéticas y literarias que puedan haber movido al novelista a crear sus "fábulas" y a dar vida a sus personajes.

Sólo cuando está en posesión de todos estos antecedentes y ha podido, a su vez, determinar sus relaciones de causa a efecto, se siente Raúl Silva Castro autorizado para emitir un juicio y sacar las conclusiones correspondientes.

El crítico se coloca también en una posición que en ningún caso pretende ser puramente literaria, por el contrario desmonta las obras y examina la lógica que en ellas se observa, para deducir de allí el valor que deba reconocérseles.

Se ha observado, por esto mismo, que en Raúl Silva Castro hay un franco predominio de la erudición y los acontecimientos literarios sobre la valoración intuitiva y estética de las obras que estudia. No creemos que ello se deba a falta de gusto y sensibilidad del crítico, sino a que profesa y utiliza una crítica racionalista y lógica de preferencia. Para él toda obra es el fruto de una idea central, desde cuya raíz se proyecta todo su desarrollo. La concordancia o choque con esa idea central es lo que inclina al crítico a pronunciarse sobre las virtudes o defectos de las obras.

En todo caso en el estudio sobre Alberto Blest Gana hay una amplia y vigorosa reivindicación del novelista, prácticamente descuidado hasta el momento en que aparecieran los libros de Raúl Silva Castro y Alone, ambos presentados al concurso abierto por la Universidad de Chile y premiados juntamente en él.

De acuerdo con su tabla de valores, Raúl Silva Castro prefiere entre todas las novelas de Alberto Blest Gana, *El Loco Estero*, a la cual califica como la más artística de todas ellas. "Si se nos pidiera —nos dice Raúl Silva Castro— dar un orden de magnitud a las novelas de Blest Gana, para que resalten los méritos de cada una, pondríamos sin vacilar en primer término a *El Loco Estero* (1909), la más artística de todas ellas". Tras esta declaración de preferencia entra de inmediato a explicarnos el porqué de su elección: "El refinamiento de los detalles de que se sirvió el novelista para evocar a sus modelos, la gracia de la disposición de los episodios y el arte con que va mostrando las etapas de la intriga, la sucesión de incidentes

íntimos y civiles que se entremezclan y se ayudan recíprocamente, y la bien dispuesta combinación y alternancia de motivos cómicos y trágicos, son valores positivos de la novela y están llevados por el autor al más alto grado de perfección que le era posible, en esta obra de la ancianidad. Y a pesar de esta última circunstancia, ¡cuán clara la mirada, cuán frescos los recuerdos que atesora desde la infancia! Han pasado ya setenta años desde que ocurrieron los hechos que narra; han muerto casi todos los compañeros de sus años mozos; se ha transformado la sociedad de la niñez, y hasta la vieja ciudad de sus recuerdos no es la misma, porque ráfagas sucesivas de progreso edilicio la han cambiado y alterado hasta sus cimientos. Pero el novelista, que además está lejos de la tierra natal, no necesita otra cosa que volverse hacia esa realidad pretérita para formar con ella un cuadro opulento de color, rico de movimiento, henchido de gracia y de chiste, abundoso de contrastes y de alternativas risueñas y lamentables, y para verterlo en una novela animada y nerviosa como pocas hay en la literatura chilena, dentro de la cual es, sin duda alguna, la mejor entre las de evocación personal o autobiográficas. Al través de los años, saltando etapas, revive la amistad entre el doctor Blest y don Diego Portales, y aunque el autor no conoció a este último, consigue describirle con colores auténticos y que parecen los más cabales. Revive también la emoción patriótica que sacudió a los chilenos al tener noticia de la batalla de Yungay, y se liga eficazmente, con supremo toque de intuición, la llegada de Bulnes a Santiago y su ardiente glorificación popular, con el soplo de emulador civismo y de llameante amor a la patria que sintieron los jóvenes y hasta los niños tan pequeños como era entonces el propio novelista. La novela ofrece rasgos característicos de la vida santiaguina en 1839, retratos individuales acabados y perfectos, cuadros de costumbres y de psicología bien graduados y oportunos, y es la que mejor prueba cuán infundado es el reproche que alguna vez se hizo Blest Gana de que no sabía estudiar caracteres ni presentar por dentro a sus personajes. Y como conviene en obras de este género, donde la evocación personal y la confesión ocupan tanta importancia, el estilo mismo es el más sencillo y el mejor aderezado: no lo dilatan ya las digresiones, a veces intolerables, que proliferan en algunas novelas de la primera época, y un soplo de melancólica poesía le da movimientos pausados y solemnes, que suelen atemperar con oportunidad la exuberancia vital de Díaz, la precipitación patológica del loco Estero y la tozudez resentida del comandante Quintaverde. En suma, una novela vibrante de vida, llena de preciosos hallazgos, la más fresca y liviana del autor”.

Llama la atención, en el estudio que Raúl Silva Castro dedica a Alberto Blest Gana, la forma en que son tratadas todas las novelas de este escritor. Se les aplica un sistema que combina el análisis detallado y metódico con la síntesis ordenadora de esos antecedentes. Refiriéndonos sólo a las grandes novelas del autor, queda de manifiesto que Raúl Silva Castro desmonta cada una de ellas haciendo las siguientes principales operaciones: a) Recorrido de la acción y tema de la novela; presentación analítica de los personajes y sus conflictos; b) individualización del ambiente psicológico y moral, y c) valoración propiamente literaria de la obra.

En el primer aspecto, Raúl Silva Castro adopta una actitud eminentemente objetiva, que se interesa por presentar un cuadro de situaciones humanas exento de toda apreciación o intervención del autor que pueda influir la opinión del que lee. En este sentido el crítico sitúa con el mayor esmero y fidelidad a los personajes y describe su vinculación dentro de la obra. Gracias a esta objetividad, el lector se encuentra en presencia directa de los héroes y sus problemas, esclareciéndose para él todos los hilos que pueden contribuir a aclararle el andamiaje de la novela y la posición de cada personaje dentro de ella.

Conseguido lo anterior, el crítico entra ya a profundizar en las pasiones e impulsos que animan a los personajes. Se describen de este modo la vanidad, el desorden moral, el vicio, la codicia, la bondad, la generosidad y los impulsos en general que pueden motivar la conducta humana. En este sentido incluso se recurre a una minuciosa exploración de algunas tendencias o inclinaciones, apelando a estudios de otros autores que ayuden a singularizar los movimientos psicológicos o morales de los personajes. Así debe recordarse el análisis de lo que es un calavera, en que el crítico se remonta a una página de Larra a fin de establecer con claridad el perfil psicológico del individuo merecedor de este calificativo.

Basándose en los antecedentes ya indicados, puede el crítico entrar a la tasación literaria de la novela y aplicar su juicio estimativo sobre ella. Puede, consecuente en su concepto de que el proceso artístico se apoya —perdónesenos la redundancia— en un proceso lógico, perseguir el hilo narrativo de la novela hasta hacer visible la forma en que el autor ha logrado o no el fruto que se propuso obtener.



En la investigación del crítico chileno han sido temas predilectos la figura y la obra de Rubén Darío. Le ha preocupado especialmente

en este poeta, la etapa en que vivió en Chile y el estudio de las tendencias y motivaciones principales de su obra que se manifestaron en nuestro país.

Un problema de indiscutible trascendencia es el relativo a la aparición del tema del modernismo en la obra rubendariana. Como bien se sabe, Rubén Darío es el creador de la poesía modernista que trae a la lengua hispánica los temas, modos y procedimientos de expresión que ya asomaban en la poesía europea, principalmente francesa. Después del romanticismo, en que habían surgido numerosas tendencias para la expresión lírica de los sentimientos fuera de las trabas y rigores de las reglas formalistas, la poesía buscó un mayor refinamiento de expresión. En este sentido renovó el lenguaje, forjó imágenes más audaces y desconcertantes, trató de establecer analogías entre realidades muy dispares y se empeñó, también, en arrancar a las palabras una musicalidad rica en resonancias.

Rubén Darío, empapado de la gran poesía francesa de su tiempo, fue el exponente del modernismo poético en la lírica castellana. Pero el influjo que debía más tarde alcanzar en España y en toda la poesía iberoamericana no nació, como lo demuestra Raúl Silva Castro, durante la permanencia de Rubén Darío en Europa. Sus primeros gérmenes se formaron en Chile, y la investigación de Raúl Silva Castro lo demuestra positivamente. A través de los escritos de Rubén Darío en nuestro país se advierte que la influencia romántica y la huella de Bécquer y Campoamor es superficial y momentánea, y que en el alma del poeta empiezan a aparecer expresiones e imágenes que tienden, marcadamente, al símbolo y a la acentuación del ensueño y la musicalidad sobre el andamiaje conceptual del poema. En este sentido son muy prolijas y convincentes las páginas que Raúl Silva Castro dedica al poeta en libros y comentarios tales como *Rubén Darío en Chile*, *Rubén Darío a los veinte años*, *Rubén Darío y su creación poética*, y también en la parte pertinente del *Panorama literario de Chile*. No debemos olvidar citar, por su especial interés, los estudios dedicados a la *Génesis del Azul de Rubén Darío* y del *Ciclo de lo Azul en Rubén Darío*. En ellos y sobre todo en el segundo de los citados, se analiza la aparición del tema de lo Azul como la elaboración de todo un símbolo indicador de lo infinito, soñado y espiritual. Es importante a este respecto transcribir los conceptos mismos de Raúl Silva Castro. "Pero hay también que diferenciar leemos —el uso de azul cuando aparece en calidad de sustantivo, y cuando se le emplea como adjetivo. En el primer caso (no cabe duda en presencia de los ejemplos aducidos), azul es una comarca espiritual, ín-

tima, que posee o señorea el artista por el mero hecho de serlo; que no comparte con nadie; que le sirve de refugio cuando se trata de soñar, de cantera para proveerse de imágenes adecuadas a la elaboración de sus obras, de almohada, en fin, para descansar de las agresiones de la lucha por la vida. Allí se cobra aliento para la batalla del arte, y aun se busca inspiración en el trabajo propiamente creador, porque allí hay todo lo que el mortal quiere suponer, movido por las alas de la fantasía. En el segundo caso, esto es, cuando se emplea la voz azul como adjetivo, la connotación cambia según la palabra a la cual va a calificar, de modo que pájaro azul, como se ha visto antes, es cosa distinta de jardín azul, cuento azul, etc. Todo esto puede ser convencional en el grado que se quiera, pero en la obra de Rubén Darío, y más precisamente de 1886 a 1889, es tan coherente y sistemático como si ya en sus días la palabra azul hubiese tenido la acepción que convenía al poeta. La verdad es que era y es un neologismo, y que procede directamente del francés, en cuya lengua literaria sin duda encontró Rubén Darío los ejemplos adecuados para guiarse”.



Digno de mención nos parece, entre los muchos estudios literarios que se deben a la pluma de Raúl Silva Castro, su ensayo sobre Pedro Prado, publicado por *The Hispanic Institute of New York*, que contiene un importante análisis de la vida y obra de este gran poeta. Al final de la obra se puede encontrar una valiosa bibliografía —preparada por doña Olga Blondet Tudisco— como también una breve antología de poemas y trozos en prosa de Pedro Prado.

De acuerdo con su método habitual Raúl Silva Castro explora la vida del poeta, abundando en una serie de prolijos detalles que nos entregan el perfil psicológico y la trayectoria literaria del escritor. En seguida analiza las primeras obras, como *Flores de cardo*, *La casa abandonada*, *El llamado del mundo*, entre otras. Con mucha exactitud señala que en *Flores de cardo*, publicada en 1908, surge la primera reacción americana contra el preciosismo modernista originado por Rubén Darío, lo que como señala el crítico “intentaría una proeza que era tanto más atendible cuanto más tenía de reacción contra las modas imperantes, la proeza de pretender la audiencia del público con la rudeza elemental precisamente en las mismas horas en que privaban el refinamiento y aún la preciosidad”.

A lo largo de la obra se recuerda la formación del grupo de Los Diez, que tuvo en Pedro Prado un extraordinario animador, la ingeniosa broma literaria de Karez-I-Roshan, bajo la cual no puede ocultarse la importancia de muchos auténticos poemas de gran calidad. Algunas partes del libro están dedicadas a las novelas entre las cuales se analizan especialmente *Alsino* y *Un juez rural*. A este respecto Raúl Silva Castro destaca la simbología de la novela *Alsino*, en los siguientes términos: "La simbología esencial de *Alsino*, como ya hemos dicho, consiste en el ansia de volar, que forma uno de los ensueños de la humanidad en todas las épocas, sea por imitación de los hábitos de las aves, sea por aspiración cerebral que en el vuelo de los pájaros encuentra una especie de estímulo-respuesta. Símbolos menores son el hecho de que *Alsino* necesite hallarse en posesión de las alas para que el confuso murmullo que antes atronaba sus orejas se convierta en canto; que los circunstantes le malcomprendan y, en consecuencia, se burlen de él o le persigan; que una chica impaciente le ciegue por amor; que se le crea monstruo y se le pretenda exhibir en un circo; que los animales humildes se acerquen a él y le presten abrigo y asistencia, etcétera. Todos estos símbolos encadenados en la novela, forman el *mito de Alsino*, quien viene a ser el hombre-pájaro dotado del canto como rescate de la anormalidad que presenta para el ojo común de las gentes que no saben de prodigios".

La obra que comentamos termina con referencia a los ensayos, a la pieza dramática *Androvar*, y especialmente con el análisis de los sonetos que forman la última etapa del ciclo creador de Pedro Prado.



Aparte de estos enfoques de escritores específicos, Raúl Silva Castro ha abordado los análisis literarios de conjunto de que son expresión el *Panorama de la novela chilena* (1955) y el *Panorama literario de Chile* (1961). En el primero se hace un recuento histórico y analítico de la narrativa chilena a partir de don José Victorino Lastarria hasta nuestros días. Con su acostumbrada precisión y objetiva fidelidad a los autores, obras y tendencias, el estudio sigue el trayecto del cuento y la novela en Blest Gana, los folletinistas, Vicente Grez, Orrego Luco, D'Halmar, Víctor Domingo Silva y otros autores de la misma generación. Más adelante la obra toma el carácter de una serie de interesantes monografías dedicadas a Eduardo Barrios, Rafael Maluenda, Pedro Prado, Mariano Latorre, Fernando Santiván,

Joaquín Edwards Bello, Edgardo Garrido Merino, Jenaro Prieto, etcétera. Capítulo aparte le merecen los que llama novelistas del suburbio, representados por Alberto Romero y José Santos González Vera, el primero narrador algo desordenado pero de indiscutible animación, y el segundo, escrupuloso y fino artista que ha hecho de la visión del conventillo un trabajo de transmutación refinado y sutil. El resto del libro contiene un inteligente análisis de Manuel Rojas y sus novelas aparecidas hasta 1955, más un breve recuento de los principales narradores y novelistas de la nueva generación que, por la fecha de publicación del libro, se detiene en el escritor Fernando Alegría.

El *Panorama literario de Chile* emprende la difícil tarea de ordenar y explicar el proceso de la literatura chilena desde sus orígenes hasta nuestros días. Se han hecho y seguramente podrán hacerse reservas y observaciones de variada índole acerca de este *Panorama*. La misma envergadura del tema y las complejidades que encierra la imposibilidad de llegar a un estudio que satisfaga a todos, es lo que suscita los reparos que se hacen a la obra. Difícil es también que los juicios sobre los respectivos autores sean compartidos por los lectores que tienen preferencias e inclinaciones encontradas según sus puntos de vista estéticos o su inclinación por éste u otro escritor.

Constituiría una injusticia no reconocer que la obra se distingue por la acumulación de un material enorme, por el riguroso sentido histórico que lo guía, por el cuidado que ha tenido para analizar la obra de cada uno de los autores, dar una perspectiva general de la creación de cada escritor, ordenarlos y relacionarlos de acuerdo con el momento en que escriben y conducir al lector a través de la marcha de una literatura que especialmente en nuestro siglo ha adquirido una gran expansión, incorporando corrientes y modalidades que son reflejo de los grandes acontecimientos literarios externos y también de la maduración de una inquietud cultural interna.

Algunas de las reservas que en su hora se hicieron a esta obra, revelan una lectura poco atenta de las explicaciones metodológicas que el propio autor daba al comienzo de su libro, en la que llamó *Advertencia preliminar*. A una obra de este corte debe pedirse acuciosa información sobre los hechos literarios, grande abundancia de éstos, a fin de satisfacer la curiosidad de los más variados géneros de lectores, y, acaso, estilo agradable, que incite al lector a seguir leyendo y que haga grato el paso por el libro. En el *Panorama* vemos algo de todo ello, y sobre todo lo último: es un libro escrito con esencial amenidad, ligeras notas humorísticas muy sutiles y claridad intachable.

Por el gran número de noticias que ofrece, sobre escritores de los más diversos períodos, el *Panorama* es, sin lugar a dudas, una obra de grande importancia para el estudio y aun para la consulta, y su trascendencia dentro de los estudios de historia literaria nacional se puede ir advirtiendo mejor a medida que pasa el tiempo. Su difusión en cátedras y universidades extranjeras establece la utilidad que se le atribuye para orientar el conocimiento de las letras nacionales.

En esta obra, nuestro historiador ha procurado a un mismo tiempo hacer historia y crítica literaria. Como señala en su advertencia preliminar "los estudios históricos deben abarcar todos los sucesos relevantes, lo que en la especie significa que debiera darse cuenta de todos los escritores chilenos, sin omitir a ninguno; pero las dimensiones propias de un panorama no permiten tal cosa. Es preciso abreviar, para que en pocas páginas pueda leerse completa la historia evolutiva de cada uno de los géneros literarios que se han manifestado en el país; y abreviar implica, a su turno, omitir los nombres de algunos escritores a quienes fuera engorroso traer a cuento en tan breve número de páginas. Se ha pretendido redactar una relación coherente, que se pueda seguir de corrido cual se leen las páginas de una novela, en busca del desenlace, y no una mera guía de erudición bibliográfica". Ello explica, pues, la omisión de muchos que han escrito pero que el autor no estima escritores representativos. Por las razones indicadas la obra se concentra en la literatura escrita en lengua castellana, prescindiendo de idiomas aborígenes, y toma en cuenta asimismo a los extranjeros que han vivido en Chile y que con sus creaciones se han identificado con la sensibilidad nacional, a la vez que influido en ella.

Dedica la obra su atención a los dos grandes grupos de expresión de nuestra literatura; el verso y la prosa. En cuanto al primero hace un recuento minucioso de los poetas líricos, partiendo de Bello, pues a Ercilla, Oña y demás poetas anteriores a la Independencia se ha referido en la introducción. En seguida, analiza también el poema descriptivo y épico, iniciado con Bello y que termina prácticamente con el siglo XIX, pues no ha tenido seguidores debido a la misma naturaleza de un género que ya poco tiene que decir a la sensibilidad y a las preocupaciones modernas. Mucho más extensa es la parte consagrada a la narrativa en general, al drama, al artículo de costumbre, el ensayo, la memoria personal y la crítica de letras.

Redactada la obra por un autor que une en su espíritu las aptitudes del historiador y del crítico, se nos facilita la tarea de recorrer la literatura por dentro y por fuera, siguiendo la secuencia temporal

de los autores como también tomando nota de lo que cada escritor significa y de la importancia de sus obras dentro del género que ha cultivado.

Daremos fin a nuestro estudio sobre la personalidad literaria y crítica de Raúl Silva Castro haciendo mención a uno de sus libros más recientes, *Pablo Neruda* (1964). Cabe señalar que es el primer intento de ordenar un juicio sobre la ya voluminosa obra del poeta, siguiéndola desde la biografía del escritor hasta su actual expresión. El recorrido comienza, pues, con los detalles de la iniciación literaria de Neruda, en los cuales hay multitud de recuerdos personales, ya que Raúl Silva Castro compartió con Neruda la colaboración en muchas revistas literarias de la época, y asistió al crecimiento de su personalidad.

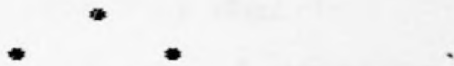
Raúl Silva Castro distingue en su libro cuatro cambios principales en el estilo del poeta que califica como período de expresión directa, período experimental, período de expresión indirecta o inversa y nuevo período de expresión directa.

Debe recordarse el propósito científico y metodológico de acercamiento que Raúl Silva Castro emplea con el poeta estudiado, si bien notamos la insuficiencia de un puro análisis de intención lógica respecto a una poesía que en muchos casos es reflejo de una "intención caótica", en que se manifiestan directamente estados de ánimo, asociaciones no conscientes, pero fuertemente reveladoras del trastorno interior del poeta. El capítulo sobre lo racional e irracional en Neruda demuestra lo difícil que es para el crítico aceptar esta explosión ilógica de muchos de los poemas nerudianos; pero es interesante su análisis que llega a demostrar cómo debajo de la apariencia irracional hay siempre una cierta ordenación racional que da sentido a la poesía, y es en último término el elemento organizador que ella posee.

Si queremos ser francos, diremos que nos parecen justas, como todo, sus reservas sobre la interpretación que Amado Alonso hizo de la poesía y estilo de Pablo Neruda. Desde luego por la época en que fue escrito, ya que Neruda se mantenía dentro de un fuerte surrealismo y, por lo tanto, no podía avanzar explicaciones sobre procesos hasta entonces no producidos. Sin embargo, es notorio el valor de la interpretación estilística que permite al crítico organizar en torno a determinadas ideas, imágenes, construcciones rítmicas y asociaciones verbales, una interpretación que entra en el fondo de

esta poesía y hace posible percibir de qué raíces, fuentes, brota. Es indudable que Amado Alonso vio con claridad el fondo angustioso, necesariamente caótico de esta poesía, que se sustrae a la interpretación racional y lógica. También nos parece acertado que Alonso haya visto en ella una forma de expresión de la época en que fue escrita, pues el suprarrealismo es un testimonio de la pérdida de sentido de la realidad que para muchos poetas se produjo en esa fecha. Si la literatura es en alguna forma respuesta que el escritor da a preguntas latentes en el tiempo en que vive no puede negarse la legitimidad del método que asocia una creación particular al ambiente universal en que ella se produce.

Escrita cuando el poeta cumplía sesenta años de edad, esta obra de Raúl Silva Castro constituye el intento más completo y orgánico hasta ahora publicado por un crítico chileno para conducir al entendimiento de una gran obra poética que no puede ser abordada sin la dirección de alguien familiarizado con ella y capaz de ordenar, como hace nuestro crítico, su desarrollo histórico y las diversas fases por las cuales ha atravesado.



La fecundidad de la obra de Raúl Silva Castro, que estudia temas tan diversos como la historia, el periodismo y la literatura en sus más diferentes aspectos, hace difícil un estudio exhaustivo de ella, por lo que en estas páginas hay seguramente muchas omisiones e insuficiencias. Con todo es preciso admitir que estamos en presencia de una labor valiosa por el caudal considerable de antecedentes que el crítico ha estudiado y ordenado, por la objetividad que se ha esforzado de mantener en su examen y por la penetración con que se esmera por sostener un nivel a la vez científico y literario que permita a los estudiosos apreciar tanto la significación de cada obra y cada autor en el panorama del desarrollo cultural chileno, como la constatación del mérito intrínseco de las respectivas creaciones literarias.